

## La relación de la Filosofía con las demás disciplinas del Bachillerato; su función unificadora y fundamentante

MANUEL CARDENAL DE IRACHETA

Ya en la enunciación de este escrito podemos encontrar la orientación para solucionar las cuestiones que entraña. La solución estará, pues, en contestar a esta pregunta: ¿qué se quiere decir cuando se habla de función unificadora y fundamentante de la Filosofía?

Empecemos por la función fundamentante. Es evidente que cada disciplina, cada ciencia, cada saber particular, se atiene a un determinado horizonte intelectual. El matemático se mueve, precisamente, dentro del mundo de los objetos matemáticos; el historiador, dentro del mundo de la historia. En cada momento, estos horizontes, con sus límites, están dados no sólo al pedagogo, sino también al llamado investigador o científico, de tal modo que *salirse* de ellos les parece cosa prohibida y perjudicial. El especialista es el gran defensor de estos cotos cerrados. Ahora bien, esto tiene sus ventajas: Permite el dominio de un particular campo del saber y, por tanto, su transmisión segura (en el caso de la enseñanza) y una familiaridad con los objetos que es como un tacto de la realidad, que habría que llamar *auténtico saber, según la naturaleza sentiente-intelectual del hombre*. Aquí sería preciso observar que hay dos clases de saber: una, el universal y abstracto, por el que el hombre, deshumanizándose, se eleva a una cuasi naturaleza angélica y se dirige a perfeccionar su semejanza con Dios; otra, estrictamente humana, mediante la cual aprende lo concreto, individual o colectivo, las relaciones más inmediatas, etc. En este segundo saber hay, sin duda, más calor humano—tal vez demasiado humano—. Y aquí es donde departen los filósofos, diluyendo los unos la razón en universalidad; los otros restringiéndola al signo de lo concreto, casi inefable por singularizado. Todo saber particular tiende al segundo tipo, ahí sus grandes olvidos. Pero la frase conocida de Santa Teresa «También Dios se encuentra en los pucheros» nos advierte que la actitud en que se palpa lo concreto no es necesariamente irreligiosa. Por otra parte, la pre-

sencia de Dios en la oración es concreta, singular, personal. La vida religiosa no es un desvanecimiento en abstracciones.

Encerrados el especialista-investigador o el pedagogo en su campo propio de saberes, no pueden alejarse de él para contemplar su naturaleza ni su estructura. La naturaleza del objeto o campo de investigaciones de una ciencia es ya por sí mismo un problema ontológico. La forma como aparecen enlazadas y aun expresadas las verdades de una ciencia es el objeto de la lógica. Una, pues, como coronación o perfección del saber científico, son la ontología y la lógica. Siendo tales la ontología y la lógica, está claro que el profesor de Filosofía en el Bachillerato [o en la universidad en su caso] ha de poner su esfuerzo en atraer la reflexión del alumno sobre los saberes ya adquiridos. Se deduce que la filosofía debe venir tras los estudios particulares y en una edad en que la madurez mental sea mucha. Es un hecho que este alejamiento de los objetos, este ascetismo que estudió Max Scheler, no es posible en la adolescencia y por ello dijo Aristóteles en su ética que «el joven no es buen oyente de filosofía». Pero no se trata tanto de enseñar un cuerpo cerrado de conceptos, como ocurre en las matemáticas, por ejemplo, cuanto de despertar una actitud ante la realidad. Por otra parte, embutir en las mentes de los jóvenes un cuadro ya hecho de definiciones, de reglas y distingos, sin dejar que el espíritu de cada uno los elabore personalmente, los construya a impulsos de una necesidad íntima y los acepte como satisfacción de una problemática sentida, no ha producido nunca más que dogmáticos pedantes o sumisos hipócritas y resentidos. La salud mental y moral del profesor y su lealtad deben ser la garantía de este ensayo de filosofar, en que ha de consistir la Filosofía en el bachillerato, que tiene que ser más educadora que instructiva.

Con todo lo dicho, no defendemos la *vaguedad* en la enseñanza de la Filosofía, ni el eclecticismo,

ni mucho menos un como escepticismo expectante, indefinidamente expectante, sino que propugnamos un ejercicio de la mente sobre los conceptos e imágenes asimilados, en las disciplinas ya estudiadas, ejercicio guiado por el profesor, quien por su parte debe estar armado de las adquisiciones perennes de la Filosofía, que existen hasta donde esta palabra perenne tiene sentido en lo humano.

Es tradición de nuestras escuelas que el catedrático se plantee el problema de *las relaciones de su disciplina con las demás ciencias*. Dar con esas relaciones supone un primer esfuerzo orientador, filosófico y, por tanto, extracientífico. Pues bien, el profesor de Filosofía debe ocuparse de esta función relacionante y, por lo tanto, unificadora de la filosofía. Tiene que presentar el saber como una unidad. Esta unidad tiene a su vez una doble vertiente. La primera y la más importante el sistema de la ciencia; la segunda el nacimiento o aparición sucesiva de la Filosofía: su historia. De aquí se vislumbra el problema de la ordenación de los estudios filosóficos en el bachillerato.

Reducido lo apuntado a conclusiones, nos atrevemos a someter a la discusión las siguientes:

a) El profesor de Filosofía ha de operar sobre el panorama de saberes abierto a los alumnos por los demás profesores. Su propósito es describir la realidad óptica de las disciplinas estudiadas y la estructura lógica de las mismas; es decir, su calidad de ciencias.

b) No obstante su labor es más de iniciación que de instrucción. La Filosofía es un segundo punto de vista sobre el ser que por su naturaleza antihabitual no puede, en general, ser objeto de instrucción, sino de enseñanza o ejercicio. Pero es precisamente lo que la Filosofía tiene de vida auténtica.

c) La Filosofía fundamenta las demás disciplinas como ontología y como lógica (si se quiere huir del término ontología, puede usarse el de teoría de los objetos).

d) En último término, la Filosofía unifica las ciencias en el *sistema de la ciencia*.

e) También debe fundamentar históricamente las ciencias, enseñando la sucesiva aparición de las concepciones científicas (Historia de las ideas).

f) En el curso del aprendizaje el alumno irá asimilando *el lenguaje* de la Filosofía.

## La enseñanza tecnológica en el taller docente

FRANCISCO GONZALEZ ARIZMENDI

*Ex profesor de la Oficina Internacional del Trabajo para la Formación y Perfeccionamiento del Profesorado para la Enseñanza Profesional*

La Tecnología, en su sentido más amplio y general, comprende tanto las máquinas y herramientas como las técnicas de empleo.

A primera vista, cuando se habla del progreso tecnológico, parece hacerse referencia al descubrimiento de nuevas máquinas, útiles o armas. Pero si se estudia con más profundidad el período histórico anterior a la revolución industrial, se descubren en él grandes cambios tecnológicos derivados de la diversa forma de utilizar las máquinas ya conocidas. En la enseñanza profesional a niveles inferiores y medios se suele emplear una terminología muy estrecha en lo que se refiere al ámbito de aplicación de la Tecnología.

Su contenido se confunde a veces con el concepto de las mal llamadas Ciencias Aplicadas, dando lugar a confusión en la exposición de ambas.

En pura ortodoxia no existen las Ciencias Aplicadas, sino las Ciencias en sí mismas con sus aplicaciones a los hechos reales de la vida. Resulta entonces que la tecnología está constituida por las aplicaciones concretas de la ciencia pura, concepto éste que diferencia y separa los campos de ambas, eliminando la ambigüedad sobre ciencias aplicadas que, si bien puede ser admisible, aunque no correcto, en el campo de los altos niveles profesionales, resulta impropio y